



ESCENAS DE LA VIDA COTIDIANA

SEGURO DE VIDA

El agente de seguros llamó a la puerta y con su insistencia y verborrea consiguió entrar y sentarse en el sofá del salón-comedor, junto al cabeza de familia. Este, al principio escéptico y esquivo, se fue mostrando al rato, interesado en el asunto. El agente trataba de convencerle para que suscribiera una póliza «seguro de vida». Insistió mucho en el futuro de su mujer e hijos y en los peligros que ofrece la vida moderna —accidentes de coche, de avión, el cáncer, los infartos de miocardio; los ladrillos que caen de los tejados...— y tanto reforzó estos argumentos, describiendo un panorama tan negro para la presunta viuda y los presuntos huérfanos, que el hombre, en un momento determinado, prorrumpió en sollozos incontenibles. Alarmada, acudió su mujer a consolar, al mismo tiempo que enojada, gritaba al agente de seguros: ¿Qué le ha dicho usted a mi marido? El agente, cabizbajo, se fue pronunciando confusas palabras...

ADULTERIO

Engañaba a su mujer desde hacía quince años. Todas las tardes, cuando salía de su trabajo habitual, acudía al apartamento de la otra. Charlaban, jugaban al parchís... y rara vez salían a la calle. A lo sumo, a algún cine de barrio. A su mujer le había contado en su día, una razonable y poderosa mentira: llevaba, en sus horas extras, la contabilidad de otra pequeña empresa. Un día, a la salida de un cine, fueron descubiertos por su mujer inopinadamente. Fue tal la sorpresa, que lo único que supo hacer fue desprenderse con soltura del brazo de la otra. Su mujer desapareció rápidamente entre la multitud. Cuando llegó a su casa (lo más rápidamente que pudo, su mujer le sirvió la cena sin mediar palabra alguna. Una vez en el lecho matrimonial, le dijo, en lugar de las habituales «buenas noches», «Lo sabía». Y él se quedó con la duda, duda que se llevaría a la tumba veinte años más tarde, de si lo sabría de reciente o desde hacía mucho tiempo...

EL PERDON

Cuando la muchacha habló de matrimonio, no quisieron escucharla. Opinaban sus padres que «aquello» era una locura. «¿Qué diría la gente?». A la muchacha no le importaba nada la opinión de la gente. Tampoco le importaba vivir como los gitanos, de ciudad en ciudad, porque su marido actuaba en las plazas de toros. Se querían y eso, a su entender, era suficiente. No lo entendieron así sus padres y un día ella desapareció para siempre. Años más tarde, en el lecho de muerte, el padre los perdonó. El matrimonio acudió junto al moribundo. La hija besó con emoción la frente de su padre y luego aupó, para que hiciera lo propio, a su marido —un famoso torero-enano, figura destacada de un espectáculo cómico-aurino— para que hiciera lo propio...

NEMORINO



NUESTROS LECTORES NOS ESCRIBEN

Hemos recibido del círculo de lectores católicos sordomudos de Pensilvania la siguiente carta cuyos elogios agradecemos humildemente con la sincera promesa de que continuaremos, como siempre, intentando hacer lo que se pueda en favor de la justicia y del bien social. Una vez más, gracias.

